

Más allá de su valor intrínseco, el libro es un buen ejemplo acerca de cómo temáticas aparentemente antiguas pueden ser planteadas desde otra perspectiva y reactualizadas. Y a su vez cómo esta renovación puede potenciar nuevas líneas de investigación académica y nuevos horizontes políticos.

*Ivanna Margarucci (UBA)*

\* \* \*

**Colección “Guerrillas olvidadas de la Argentina”, ediciones de El Topo Blindado**

– **Esteban Campos y Gabriel Rot, *La Guerrilla del Ejército Libertador. Vicisitudes políticas de una guerrilla urbana*, 2010, 172 pp.** – **Eudald Cortina Orero, *Grupo Obrero Revolucionario. Autodefensa obrera y guerrilla*, 2011, 149 pp.** – **Federico Cormick, *Fracción Roja: debate y ruptura en el PRT-ERP*, 2012, 210 pp.**

La historiografía argentina reciente experimentó un notorio crecimiento de diversas producciones que versan sobre diferentes aspectos de la militancia revolucionaria y la radicalización política de los años 60 y 70. Dentro de este bagaje, se percibe una primacía por aquellos estudios que abordaron el derrotero de distintas organizaciones armadas, específicamente, el PRT-ERP y Montoneros. La colección “Guerrillas olvidadas de la Argentina”, impulsada por el colectivo El Topo Blindado, se inserta en esta línea, aunque su aparición conlleva una propuesta novedosa: el análisis de ciertas estructuras político-militares (tanto marxistas como peronistas) escasamente exploradas por la historiografía pero también existentes en tal coyuntura política más allá de tratarse de organizaciones cuantitativamente inferiores a las anteriormente mencionadas.

El trabajo de Rot y Campos da cuenta de la historia de la Guerrilla del Ejército Libertador (GEL), cuyo derrotero data entre los años 1970 y 1973. Esta organización es caracterizada como una expresión de la transición entre las aisladas y fracasadas experiencias foquistas de principios de los 60 y las organizaciones que, en los prolegómenos del golpe de Estado de 1976, adoptando la lucha armada, contaron con importantes trabajos de masas. Para su descripción, los autores abordan minuciosamente la heterogénea composición de una militancia proveniente, principalmente, de dos afluentes diversos: la Columna La Plata (procedente de la crisis del Movimiento de Izquierda Revolucionario Argentino) y el grupo peronista Dele Dele.

Por otro lado, se desprende de esta investigación la aseveración sobre una difusa perspectiva conceptual de esta organización, dada la existencia de una primacía por la práctica militar que despreció la discusión teórica y programática. La imprecisa definición teórica le permitió al GEL nutrirse de una militancia heterogénea a partir de una reivindicación común sobre

la necesidad de una estrategia foquista amplia pero, según se desprende de esta investigación, ello fue también la causa de su diáspora final. Según se afirma, el advenimiento del peronismo fue el detonante de una crisis interna que dividió a su militancia entre variantes guerrilleras peronistas (como las FAP o las FAR) y organizaciones marxistas (como el PRT-ERP).

La investigación de Cortina Orero ilustra el proceso de atomización sufrido por el PRT El Combatiente entre 1968 y 1970 con la consecuente formación de diversas tendencias que derivarían en diferenciadas experiencias políticas. Una de ellas, sin renegar de la lucha armada como estrategia revolucionaria, se planteó la necesidad de corregir el exacerbado militarismo en el que, desde su óptica, había caído el PRT-EC. De este sector surgió el GOR bajo el liderazgo de Daniel Pereyra, cuya existencia datará entre los años 1970 y 1978. El autor caracteriza una cierta indefinición ideológica en esta organización que reivindicará la aplicación de la lucha armada vinculada al movimiento obrero y como parte de una estrategia de autodefensa del mismo. Más allá de esta premisa, se desprende de la investigación una práctica política que recayó, principalmente, en acciones militares de propaganda armada, de carácter financiero y como modo de denuncia del sistema.

La referencia del autor a la construcción por parte del GOR de una corriente sindical propia, analizada principalmente a partir de testimonios orales, no permite comprender fehacientemente su afirmación acerca de la existencia de una inserción de este agrupamiento en el seno del movimiento obrero. Al mismo tiempo, resulta escasa la profundización en torno al bagaje teórico de un grupo de dirigentes que, en el momento de la ruptura del PRT en 1968, quedaron atados a la tendencia de Santucho en contraposición a la corriente de Nahuel Moreno (crítica de la desviación militarista que se pretendía adoptar) para luego, dos años más tarde, reproducir un debate con características similares que, en la práctica, no se sustentó en una construcción de diverso tipo.

Por último, Cormick presenta la experiencia de Fracción Roja, uno de los principales desprendimientos sufridos por el PRT-ERP. Dado lo efímero de esta trayectoria política, que se desarrolló entre los años 1973 y 1974, el autor tiene la virtud de superar una narración de tipo cuantitativa y relacionar su dinámica con diversas discusiones de peso para la comprensión del derrotero de las organizaciones revolucionarias de los 70. En relación con ello, se desprenden de este trabajo dos debates relevantes. En primer lugar, la ruptura de Fracción Roja se convierte en un factor en el que Cormick se apoya para afirmar que al interior del PRT El Combatiente, luego de la ruptura de 1968, existió un desprecio por el debate político. Ejemplo de ello es que las respectivas escisiones existentes (en primer lugar con Moreno, luego el GOR y, años después, Fracción Roja, entre otras) eran caracterizadas por la dirección de Santucho como la existencia de una lucha de clases en el seno del partido y, por ende, la necesaria depuración de sus elementos pequeño-burgueses y reformistas. En definitiva, la primacía del accionar militar, la reivindicación de la práctica por sobre la discusión teórica y el

menosprecio del debate fueron denominadores comunes de las tres investigaciones mencionadas más allá de las diferencias entre sus protagonistas.

Por otro lado, la mayor fortaleza de esta investigación recae en una profundización de la relación existente entre el trotskismo y la lucha armada a partir de los posicionamientos esgrimidos por la dirección mayoritaria de la IV Internacional en ese momento. En relación con ello, la aparición de Fracción Roja se imbrica con el debate experimentado dentro del trotskismo internacional y el papel jugado por el PRT El Combatiente en este terreno. Cormick profundiza la relación entre esta organización y la corriente dirigida por Ernest Mandel, mayoritaria en el seno de la IV Internacional que, en este contexto, sostuvo la lucha armada como parte de la organización de masas y de la construcción partidaria, defendió el ascenso guerrillero latinoamericano e identificó en la figura de Guevara y en la Revolución Cubana una vanguardia revolucionaria continental. Tal caracterización llevó al mandelismo a reconocer al PRT-EC como la sección argentina oficial de la IV Internacional. No obstante, el autor describe con precisión el alejamiento de la organización argentina de dicho espacio, su paulatino acercamiento a la dirección cubana y el establecimiento de intentos de coordinación con el MIR chileno, el ELN-Tupamaros uruguayo y el ELN de Bolivia con la consecuente conformación de la Junta Coordinadora Revolucionaria. Así, la ruptura y formación de Fracción Roja se inscribe como parte de este debate y como la continuidad de una organización que se desempeñó en Argentina acatando las directivas internacionales del mandelismo.

Del balance de estas tres producciones se desprende como virtud una búsqueda de superación del abordaje de organizaciones político-militares antes soslayadas, lo que permite romper con la preponderancia de los estudios existentes hegemonizados por el derrotero del PRT-ERP y Montoneros. El desafío central recae en que, al tratarse de organizaciones menores en términos cuantitativos y de escasa duración temporal, estas investigaciones precisan superar una lógica de relato que prioriza la descripción de aquellas acciones realizadas o el relevo estadístico de su militancia y forjar una búsqueda de sus aspectos cualitativos. Por ello, resulta relevante explorar el bagaje teórico-conceptual de estas organizaciones, sus características organizativas y metodológicas con sus pertinentes tensiones internas existentes, el carácter social y el perfil de su militancia. En definitiva, se impone el desafío de lograr que el estudio de estas estructuras posibilite una mejor comprensión de la coyuntura política en la que ellas se insertaron.

Una última reflexión pertinente sobre el estudio de la militancia revolucionaria de los años 60 y 70 recae en señalar que el análisis de este tipo de organizaciones conlleva el aspecto positivo de poner de manifiesto la dinámica de actores antes inexplorados. Sin embargo, y al mismo tiempo, ello es una expresión de una deuda historiográfica aún pendiente: la necesidad de un profundo abordaje sobre aquellas organizaciones revolucionarias también existentes en estos convulsionados años que no adoptaron la estrategia guerrillera ni construyeron ejércitos como brazos armados de

sus estructuras político-partidarias, que privilegiaron la vía insurreccional y la construcción en los organismos de masas siendo otra expresión de la radicalización obrera y juvenil de ese contexto. La construcción histórica erigida en los años 80, que simplificó la coyuntura preexistente al golpe cívico-militar de 1976 como un enfrentamiento entre la violencia ejercida por las organizaciones revolucionarias armadas, por un lado, y el accionar paraestatal y estatal, por el otro, dan cuenta de esta necesidad.

***Martín Mangiantini***  
***(UBA - ISP Joaquín V. González)***